

table ni duradero ni en el parlamento ni en las alianzas parciales entre los príncipes alemanes. A pesar de esto será necesario exponer tal situación al lector y echar una mirada rápida á los pormenores intrincados y trabajosos de la actividad política del parlamento alemán de entonces. La verdadera historia política de la Alemania en aquella época es una lucha incesante de muchas fuerzas intelectuales y políticas simultáneas y opuestas, que debilitándose ó anulándose mutuamente sin ningun centro de ideas y propósitos verdaderamente comunes, derrocharon una gran abundancia de energía y de fuerza intelectual en trabajos mezquinos é infructuosos, en correspondencia y conferencias, en victorias diminutas y en desengaños y disgustos. Todas estas fuerzas giran sin cesar en un círculo vicioso del cual no pueden sa-

lir, ganando hoy y perdiendo mañana resultados sin valor; con raras ventajas para algunos, pero con ninguna para el conjunto. En todo este enredo solo los proyectos y planes de Waldeck respiran un espíritu de cierta grandeza histórica, pero como las fuerzas eran insuficientes, no salieron aquellos planes de la esfera de proyectos, quedando todavía un largo camino que recorrer para llegar á la meta.

Aburre y entristece el confuso ruido de tanta actividad diplomática y casi se saluda como un rayo de esperanza y liberación al través de este enredo el agudo sonido de los clarines de la caballería brandeburguesa en su marcha al ducado de Prusia para protegerlo contra suecos y polacos, mientras en lontananza se oye el estruendo de la batalla de Varsovia.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

LA CUESTION DEL BALTICO Y EL ELECTORADO DE BRANDEBURGO

En 16 de junio de 1654 abdicó solemnemente ante los Estados de Suecia, reunidos en asamblea en Upsal, la reina Cristina, ya desde algunos años antes deseosa de deponer la corona. Algunos meses despues la hija de Gustavo Adolfo se convirtió en Bruselas á la iglesia católica, uno de los triunfos mas ensalzados de los jesuitas, triunfo no deslustrado por el hecho de que la regia convertida no fué católica creyente, sino simplemente una desertora de la religion, del trono y del país por hastío é indiferencia.

La corona vacante pasó á un príncipe alemán, pero natural de Suecia, hijo de una princesa de Vasa, y el mas próximo pariente protestante de la antigua casa real. La medalla conmemorativa de la coronación llevaba la inscripción: *A Deo et Christina*. El nuevo rey era el conde palatino Carlos Gustavo de Dos Puentes, de quien hemos hablado ya como generalísimo del ejército sueco en Alemania en los últimos años de la guerra magna, y arreglador del negocio de la paz. Como rey de Suecia se llamó Carlos X Gustavo.

Cuando estaba negociando la paz pintó su retrato Anselmo de Hulle y el Palatinado escogió por lema de este retrato: *Bella terminantur quoque amore pacis*. Entonces, trabajando por la paz en Alemania, procedió sinceramente según el espíritu del citado lema; pero desde que ciñó la corona de Gustavo Adolfo era cosa segura que se preparaba una nueva y gran crisis en el Norte de Europa. Un año despues de su subida al trono comenzó su guerra contra la Polonia, cuya guerra duró cinco años, arrastró en su corriente á todo el Noroeste de Alemania, puso en movimiento á todas las potencias, hasta las mas distantes, y resucitó todas las cuestiones aun las mas enredadas de la política del Báltico. Pusieron en actividad las pretensiones hasta entonces reservadas, los deseos ocultos de los Estados y pueblos, hasta que el mismo Carlos Gustavo quedó hundido en el torbellino con la

fama de un guerrero sin igual y de un político desdichado en sus empresas.

No sería justo atribuir el origen de esta guerra del Norte, ni siquiera en su parte principal, á la afición belicosa é indómita del joven rey, cuya impetuosidad y pasión solo llegaron á desplegarse en las peripecias de la guerra. Lo que la suscitó fueron circunstancias políticas y económicas interiores de Suecia, que impulsaron otra vez á la nación sueca despues de un corto descanso á los campos de batalla y á la carrera de las conquistas.

La Suecia desde mas de medio siglo habia enviado la flor de su juventud á los campamentos en el extranjero. La gran potencia sueca creada alrededor del Báltico necesitaba para conservarse guerras incesantes, y toda la vida de la nación habia quedado cifrada en la guerra exterior; pero la guerra engendraba la guerra, pues mientras la nobleza y la población rural en tiempo de paz tenían que mantener las fuerzas permanentes, este ejército en tiempo de guerra se mantenía á expensas de las comarcas extranjeras, sin costar nada á la Suecia (1), al paso que los oficiales y soldados licenciados llevaban muchas veces dinero y otras cosas de valor, ganados en el extranjero, á su país, donde los oficiales se fincaban. Para ellos era la guerra una industria muy productiva; pero cuando volvió la fuerza militar sueca á su país, como sucedió despues de la paz de Westfalia, la nobleza y la población rural gimieron bajo la carga extraordinaria de la manutención del ejército, á cuya carga nadie estaba acostumbrado. Las mismas tropas suspiraban por gozar de nuevo la libertad de la vida de campaña con su abundancia de goces. La Suecia como gran potencia no podia existir sin un gran ejército y tenia que buscar siempre nuevas guerras para mantener y ocupar este ejército á expensas del extranjero. En el año 1652 Adler Salvius, notable hombre de Estado sueco, escribia que las tropas, á su regreso de Alemania, eran una pesada carga para la Suecia, y que era necesario ver de darles pronto tra-

(1) Cuando el rey Carlos Gustavo habia hecho ya durante dos años la guerra en Polonia escribió en enero de 1657 que durante todo este tiempo no habia sacado casi ningun recurso pecuniario de la Suecia (Carlson, tomo IV, pág. 205).

bajo en el extranjero, añadiendo que si otros Estados emprendían guerras porque eran ricos, la Suecia debia emprenderlas porque era pobre.

La Suecia era un país de limitados recursos naturales, y aun estos recursos no podían menos de dar poco de sí cuando la juventud robusta de la nación era llevada á los campos de batalla en el extranjero. La agricultura iba decayendo y la producción minera desde hacia mucho tiempo se mantenía solo por la actividad de los capitalistas holandeses de Amsterdam y de Harlem, los cuales no miraban mas que á su propio interés. La política de gran potencia de los reyes de Suecia costó en último resultado al país su bienestar natural; y cuando Carlos Gustavo subió al trono, encontró las arcas del Estado exhaustas y desorganizadas todos los ramos de la administración. El período de menor edad y el cortísimo de la mayor edad de la reina Cristina, habian sido en extremo funestos para Suecia, siendo particularmente pernicioso el despilfarro de los bienes y rentas de la corona que durante el último reinado habia ido creciendo continuamente. La mayor parte de los bienes de la corona habian sido donados, pignorados ó vendidos á la nobleza sueca, que tanto en el consejo como en campaña se hizo pagar prodigamente sus servicios con los bienes inmuebles del Estado, cuyas rentas eran el recurso principal del gobierno para sufragar los gastos de la administración. Habiendo caído la mayoría de estos bienes en manos de la nobleza codiciosa, y habiendo continuado exentos de contribución como bienes de la corona, resultó que la administración general quedó en su mayor parte paralizada. Estas enajenaciones habian reducido los ingresos del Estado en mas de un millon de talers anuales, á cuya suma se agregó la falta de las rentas de aduanas y de los productos de las minas, que estaban empeñados.

La clase de la nación que se sintió perjudicada directamente, y con ella los intereses generales del Estado, empezó á agitarse. La población rural, que cultivaba los bienes de la corona que habian pasado á manos de la nobleza, se quejó de los gravámenes y servidumbres con que la oprimían sus nuevos amos, y pidió á voces ser libertada del yugo de la nobleza y volver otra vez bajo el dominio de la corona como antes. En las ciudades no eran menores las quejas, y el clero, que en Suecia siempre habia formado una especie de *tribuni plebis*, hizo causa comun con los quejosos y les prestó su inteligente é influyente palabra. El jefe mismo del Estado se vió perjudicado sensiblemente por el despilfarro de los bienes de la corona, y Carlos Gustavo se encontró en situación tan pobre, que sus haciendas rurales, según dice un informe de la época, no le producían siquiera para mantener sus caballos al viajar recorriendo el país. En tal situación no era un recurso suficiente la mayor economía; el único remedio eficaz era lo que llamaban entonces la *reversion*, pedida por las clases inferiores hacia años, y que fué el recurso de que el nuevo rey echó mano, dando una especie de golpe de Estado. En efecto, la tal reversion significaba la reincorporación á la corona de los bienes enajenados (1). Dada esta situación y estas condiciones, era urgente una energética reforma interior de la Suecia. Carlos Gustavo lo reconoció así, y abundando en las mismas ideas algunos de los mas eminentes de sus consejeros querían y proponían la conservación de la paz; pero otras consideraciones preponderaron. Dificilísima era la conservación del ejército dentro del país, y por otro lado no era prudente reducir ó licenciar este ejército; porque un desarme de la Suecia habria equivalido á una renuncia á

la posición de gran potencia y habria sido faltar á las tradiciones de los últimos sesenta años. Para salir de este atolladero no habia mas que un recurso, una guerra en el extranjero que mantuviese al ejército y que prometiera á éste sueldo y botín y nuevos laureles, con la esperanza de pagar con dinero extranjero otro gran ejército mercenario. No podia faltar el pretexto para una guerra; por lo mismo se ocupó el consejo del reino en los preparativos, y decidido este punto se discutió la cuestión del país contra el cual convenia dirigir las armas suecas con mas ventaja, y si habia de ser la Dinamarca, el imperio moscovita ó la Polonia (2). El rey se decidió por la guerra contra Polonia, y las condiciones políticas generales apoyaron con mayor decisión esta guerra. Las luchas anteriores con la Polonia habian terminado en 1629 por medio de un armisticio de seis años y despues en 1635 por la paz de Stumsdorf, ó mejor dicho, por otro armisticio de veinte años. Esta paz habia sido comprada con la restitución de todas las plazas marítimas prusianas conquistadas por Gustavo Adolfo. De esta pérdida jamás se habia consolado la Suecia, y el consejo citado dijo que era menester recuperar estas plazas prusianas, porque de otra manera pesaría siempre sobre los suecos la ignominia de la cobardía (3).

Hacia ya algunos años que se habia tratado de pactar una paz definitiva entre Polonia y la Suecia; pero un congreso de paz que se reunió en Lubeck, en el año 1652, por mediación de Francia y de Venecia, dió el mismo resultado negativo que las demás tentativas anteriores. La Polonia, en lugar de hacer concesiones, estaba mas bien dispuesta á reclamar de la Suecia la restitución de la Livonia. A esto se agregaron cuestiones dinásticas, porque habia el peligro de que el último vástago de la rama católica de los Vasa, el rey de Polonia, Juan Casimiro, pretendiera la sucesión al trono de Suecia contra la línea del Palatinado. Sin embargo, el rey de Polonia era demasiado impotente para apoyar esta pretensión con las armas, á causa de lo ingobernable que se mostraba el pueblo polaco. Esta diferencia contribuyó á dejar abierta la herida, atendida la importancia mas teórica que práctica de las cuestiones de derechos de soberanos y de las pretensiones á que daban lugar.

Por otra parte, la ocasión era favorable para realizar una guerra ofensiva con esperanzas de gran provecho contra la república aristocrática polaca; pues aquel rey Juan Casimiro que pretendió la sucesión al trono de Suecia antes que la línea del Palatinado y tenia la intención de pedir la restitución de la Livonia, era en realidad el soberano mas impotente de la cristiandad y estaba expuesto á toda clase de peligros. Jamás habia llegado á tan alto grado de división interior la nación polaca como en la época en que ocupó el trono el último Vasa y empezó á practicarse en los parlamentos polacos el *liberum veto*. Entre los magnates polacos todo se volvían planes de traición y de separación; y las potencias beligerantes, mucho mas que en las peripecias de la guerra que iba á empezar, se ocuparon en discutir la idea de un reparto de la Polonia, idea preparada por los mismos magnates con sus negociaciones secretas de hacer traición á su país; pues ya en el año 1648 los jefes de la nobleza de Lituania habian ofrecido al gobierno sueco separarse de la Polonia y unirse á la Suecia (4), y ofrecimientos análogos se repitieron mas adelante. Uno de los primeros funcionarios de la corona polaca, el subcanciller Radziejowski

(2) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo I, párrafo 50, cuyo pasaje es evidentemente traducido de los protocolos del consejo sueco.

(3) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo I, párrafo 55; véase tambien Carlson, tomo IV, pág. 34.

(4) Carlson, tomo IV, pág. 27.

(1) Véase sobre las tentativas de reversion del rey Carlos Gustavo, á Carlson, tomo V, pág. 206. El éxito no fué radical, pero treinta años despues realizó Carlos XI esta medida en gran escala.

ki, hombre intrigante y reñido con el rey, había huido de Polonia acusado de delitos graves y se había presentado en 1652 en la corte de Estokolmo, excitando á aquella corte con sus descripciones realistas de la confusion é impotencia de su patria á una guerra de conquista contra ella. Las demás noticias de Polonia confirmaron la creencia de que una guerra de conquista contra este reino ofrecía probabilidades mas favorables que dirigida contra cualquier otro punto.

Además la Polonia justamente entonces se veía enredada en una guerra peligrosísima, porque el imperio moscovita, unido y en vias de robustecerse bajo la dinastía nacional de los Romanoff, despues de veinte años de quietud hizo una nueva tentativa, y en abril de 1654 el czar Alejo Micaelowitz empezó la guerra contra la Polonia. Se inició la lucha en el extremo Sur con ocasion de la cuestion del protectorado sobre los cosacos zaporogos en las cuencas del Dnieper y del Bug; pero el teatro principal de la guerra fueron las comarcas fronterizas del centro y del Norte de ambas monarquías, la Rusia Blanca y la Lituania, y entonces se dirigió el poder ruso, si bien todavía torpemente, al objeto que alcanzó cincuenta años despues, á saber: la costa del Báltico, á fin de tener abierta una puerta, cerrada hasta entonces por la Suecia y la Polonia, para comunicarse con el resto del mundo. Esto implicaba un peligro político muy serio para la Suecia, porque de la noche á la mañana la Rusia podía llegar á ser enemiga mortal de la Suecia; y nadie sabia si la invasion rusa en Polonia, viéndose favorecida por la suerte de las armas, no se detendría en las fronteras de Livonia, Estonia é Ingermania, que pertenecian á la Suecia y que de consiguiente eran una barrera á las conquistas moscovitas del lado del mar. Desde casi cuarenta años, es decir, desde que Gustavo Adolfo había rechazado de las costas del Báltico al poder ruso en la paz de Stolbowa de 1617, no se había renovado la tentativa de llegar hasta el mar; pero á la sazón era muy probable que hubiera llegado el tiempo para la Rusia de renovar la guerra contra Suecia.

El primer empuje impetuoso de los moscovitas contra la Polonia tuvo un éxito brillantísimo; al llegar el otoño de 1654 habían conquistado en la línea del Duna las plazas de Polozk y Witepsk, y en la Rusia Blanca á Smolensko. La parte alta de la cuenca del Duna estaba también en poder de la Rusia, pero en la embocadura de este rio estaba Riga, el puerto del Báltico mas importante y plaza fuerte de la Livonia sueca. Era casi seguro que el czar, quedando vencedor, trataría de abrirse por este lado una comunicacion por el mar; y si esta suposicion se realizaba, como en efecto no tardó en realizarse, el deber político y militar de la Suecia era reunir todas sus fuerzas, tomar posiciones á la mayor brevedad contra el enemigo futuro, y aumentar la seguridad de sus territorios por aquel lado con la adquisicion de otros nuevos. Se imponía, pues, la guerra de conquista en Polonia como medida de seguridad contra la Rusia.

Todo bien considerado, era seguro que se preparaba una gravísima crisis en el Nordeste de Europa, y en los últimos meses del año 1654 era evidente é inevitable su estallido próximo, como una necesidad para cuantos tenían talento para conocer la situacion política. Desde aquel momento fué también evidente que habían de presentarse todas las antiguas cuestiones políticas relativas al dominio del mar Báltico, y también la posibilidad de importantes cambios en la situacion de las potencias interesadas en la cuestion. De todas maneras, era indispensable para cada uno de los países interesados prepararse bien para resistir las sacudidas políticas que se preveían, conservar lo presente y echar mano al botón que podía ofrecerse segun la ocasion.

La multitud de los intereses y pretensiones que en esta cuestion se cruzaban era tan varia como infinita.

Figuraban en primer lugar las cuestiones territoriales, y las planteó la Rusia desde luego contra Polonia. La Suecia quería por su parte completar sus posesiones alrededor del Báltico con la adquisicion de la Prusia y acaso de la Curlandia y demás comarcas limítrofes polacas. La Dinamarca vigilaba también para aprovechar esta ocasion y recobrar los territorios é islas que había tenido que ceder á la Suecia en 1645 en la paz de Bromsebro. El duque de Prusia y elector de Brandeburgo, Federico Guillermo, esperaba una ocasion favorable para sacudir el yugo de la soberanía de Polonia, de la cual el ducado de Prusia era un feudo, y para unir este ducado con sus territorios mas distantes por medio de la conquista de los territorios polacos que separaban el Brandeburgo de la Prusia. Como estas cuestiones había muchas otras que podían suscitarse por efecto de las peripecias de una gran guerra en el Norte.

Fuera de esto la cuestion del dominio del Báltico envolvía otros intereses diversos de los de dominio territorial; porque en la esencia todas las cuestiones eran en aquella parte preferentemente mercantiles. Desde la decadencia de la union anseática, la Dinamarca y la Suecia se habían hecho potencias mercantiles independientes; pero en primera línea se habían apoderado del comercio báltico la Holanda y gradualmente la Inglaterra. El Báltico era desde mucho tiempo una de las fuentes de riqueza principales. La marina holandesa dominaba á mediados del siglo XVII en todos los puertos de este mar; ninguna nacion del mundo, ni la Inglaterra, disponía entonces de mayor número de buques, y el capital holandés no sufría competencia de naciones mercantiles rivales de segundo orden (1). La importacion de los productos ultramarinos en los puertos alemanes, dinamarqueses, suecos y polacos se realizaba casi exclusivamente por los buques holandeses que al mismo tiempo inundaban los mercados en todas partes con los productos industriales de su país, en especial las lanas. Además los holandeses exportaban por otro lado de los puntos que visitaban los productos naturales é industriales de los correspondientes países, ya para volverlos á vender, ya para su propio consumo, pues que la inmensa construccion de buques holandeses necesitaba las maderas de Rusia, Polonia y Suecia, sin contar otros materiales; al mismo tiempo que la exportacion de cereales de los mismos países, particularmente de Polonia, constituía por sí sola un comercio inmenso que valió á la Holanda el nombre de granero de Europa.

Grande, pero solo en segunda línea, era entonces ya el comercio inglés en el Báltico. La industria lanera inglesa empezó ya entonces á hacer la competencia en el Báltico á la Holanda y también se la hacia en otros ramos; pero solo en la segunda mitad del siglo XVII se hicieron palpables los efectos de la gran lucha del comercio inglés contra el holandés. En esta lucha la Inglaterra quedó vencedora gracias á sus leyes navales que datan del año 1651 cuando Cromwell dió la señal de la lucha con su acta de navegacion. En la época de

(1) Vrede dice, sacándolo del archivo del gobierno holandés, en su *Introduccion á una historia de la diplomacia holandesa* (1856), tomo II, suplementos, pág. 116, que en el año 1634 constaba la marina mercante activa de Holanda de 34,850 buques con 2.002,500 toneladas, correspondiendo de éstas á la marina del Báltico 6,000 buques con 720,000 toneladas; y al comercio con Inglaterra, Escocia, Irlanda y Francia solo 1,500 buques con 150,000 toneladas. El comercio holandés con la Guinea, el Brasil y las Indias orientales y occidentales se hacia solamente por 300 buques con 75,000 toneladas; pero respecto de este último número hay que tener presente el grandísimo valor intrínseco de los cargamentos. Sin embargo, se ve por los números precedentes la grandísima importancia del Báltico para el comercio holandés.

que hablamos, el comercio inglés con su capital, su importacion y exportacion competía con el holandés en el Báltico, por manera que visto por este lado el dominio del Báltico se hallaba en manos de Holanda y de Inglaterra; solo que entonces el dominio del Báltico se entendía de otra manera, porque los resultados mercantiles y el lucro que sacaban de ellos la Inglaterra y Holanda dependían hasta cierto punto

de las potencias políticas limítrofes de este mar. La Dinamarca, la Suecia, la Alemania y la Polonia no podían entonces prescindir del comercio holandés; pero las dos potencias principales marítimas del Báltico, la Suecia y la Dinamarca, podían facilitar ó dificultar, segun les pareciera, el tráfico que hacían allí los holandeses.

Ni la Polonia, ni la Alemania podían llamarse bajo este



CASIMIR, ROY DE POLOGNE
Ce Prince plein de Cœur de Zele et de franchise:
Comhattant pour la Loy, comme ont fait ses Ayeux:
Doit repousser un jour L'effort injurieux
Des Trâcles Ottomans Ennemis de l'Eglise.
Par son tres-humble serviteur B. Moncornet. *fac. privilegio*

El rey Juan Casimiro de Polonia. De un grabado de B. Moncornet

punto de vista potencias dominantes en el Báltico. Aunque las comarcas marítimas de este mar, desde la embocadura del Duna hasta las bocas del Vistula, es decir, desde Riga á Danzig, reconocian bajo diferentes formas la soberanía de Polonia, jamás esta había llegado á ser potencia marítima, ni extendió su dominio sobre los territorios de la órden teutónica con intencion de dominar en el Báltico, como lo hizo despues la Rusia en el reinado de Pedro el Grande. La Polonia, á pesar de algunas tentativas desgraciadas para crearse una fuerza marítima propia, siguió siempre en realidad siendo una potencia del interior, si bien la posesion de Danzig la invitaba á ser marítima. Quizá esta negligencia fué la causa principal del incompleto desarrollo político de esta nacion,

causa que acaso pueda atribuirse á ineptitud nacional, como dice un escrito polaco del año 1639: «Nuestra nacion no conoce municipios ni su organizacion, y se muestra muy torpe en la conservacion de fortalezas, especialmente las marítimas con sus puertos (1).»

Ni el duque de Prusia ni el de Curlandia estaban en situacion de tener buques de guerra; de suerte que el dominio militar del Báltico estaba en poder de las marinas dinamarquesa y sueca, situacion que aprovechaban ambos países

(1) *Doc. y Actas*, tomo I, pág. 18. En el mismo sentido caracteriza el historiador polaco Rudawski á su nacion, diciendo que los polacos no se interesan mucho por poseer litoral marítimo.